

El P. Gemelli ha hecho conocer en Italia las obras del P. Wassmann y admite con este sabio jesuita, cierta especie de evolucionismo mitigado, en las razas inferiores, al que dan el nombre de polifilogenesia. El P. Gemelli es uno de los sabios más notables de Italia: su crítica de Hœckel ha tenido gran resonancia. (*La Croix*).

Periódicos prohibidos—Los periódicos titulados *Justicia Social* y *Vida Católica*, han sido prohibidos por la Congregación del Santo Oficio.

Decreto legislativo número 47 de 1906

(12 DE SEPTIEMBRE)

sobre Prensa

(*Conclusión*)

Art. 77. El presente Decreto deberá insertarse en todos los periódicos que se editan en el territorio de la República, dentro de los treinta días siguientes á su publicación en el *Diario Oficial*; la inscripción deberá hacerse ocupando, por lo menos, dos columnas del respectivo periódico, hasta su conclusión.

Los periódicos que en adelante se funden quedan sujetos á lo aquí preceptuado.

Art. 78. La contravención á lo dispuesto en el artículo anterior sujeta al propietario y al director del periódico á una multa de diez á cincuenta pesos oro.

Art. 79. Quedan derogadas todas las disposiciones sobre prensa contrarias al presente Decreto, el cual empezará á regir en esta capital el mismo día de su publicación en el *Diario Oficial*, y en el resto de la República quince días después.

Publíquese y ejecútese.

Dado en Bogotá, á 12 de Septiembre de 1906.

R. REYES

El Ministro de Gobierno, D. EUCLIDES DE ANGULO—El Ministro de Hacienda y Tesoro, TOBIÁS VALENZUELA—El Ministro de Guerra, MANUEL M. SANCLEMENTE—El Ministro de Instrucción Pública, encargado del Despacho de Relaciones Exteriores, J. M. RIVAS GROOT—El Ministro de Obras Públicas, F. DE P. MANOTAS.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año III—Vol. III } Julio 1.º de 1908 } Núm. 12

PASTORAL

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica. Arzobispo de Bogotá,
Primado de Colombia, Prelado doméstico de Su Santidad,
Asistente al Solio Pontificio, etc.

AL VENERABLE CLERO SECULAR Y REGULAR Y Á TODOS
LOS FIELES DE LA ARQUIDIOCESIS

Salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Nuestra Santa Madre Iglesia, saluda con mucha frecuencia á MARÍA SANTÍSIMA, Virgen singular y Santa entre todas, como á Estrella del Mar y Madre Inmaculada de Dios, no menos que como á Puerta dichosísima por donde hemos de entrar á los Cielos; y luego le pide en nombre nuestro y para nuestro bien, que se digne mostrarse á nosotros como nuestra Madre, y como tál, acoja nuestras plegarias y las presente al Verbo Divino, que por nosotros y para nuestra salvación quiso llamarse y ser Hijo suyo. Aquí tenéis, carísimos hermanos, compendiados los motivos por los cuales todos los hijos de la Santa Iglesia se empeñan á porfía en tributar culto á María, y acuden á *Ella* con

confianza en las necesidades, tribulaciones y peligros de la vida.

Bien podemos gloriarnos de que no son los fieles que el Señor ha confiado á nuestra vigilancia pastoral, los menos devotos de María Santísima Nuestra Señora. Vemos, por el contrario, que vuestra devoción se hace patente cada día, y que vosotros, carísimos hermanos, acudís presurosos cuantas veces se os invita á los altares de la que es llena de gracia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

La festividad de NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, que se acerca, es una de aquellas circunstancias en que, con grandísimo fruto para gloria de Dios y bien de las almas, no menos que con inmenso consuelo para nuestro corazón, os vemos tributar cultos solemnes á nuestra Madre del Cielo, y recoger las gracias copiosísimas que brotan del Corazón amantísimo de Jesucristo y que por medio de María, que es el Canal de todas las gracias, llegan hasta la tierra para afianzar á los justos en la virtud y animarlos á la perfección; para convertir á los pecadores y alcanzarles perdón y perseverancia.

Bastaría, para vuestro corazón bien dispuesto, el que hoy recordásemos que ya llega la festividad por todos vosotros deseada; mas por lo que á Nos toca, hemos de repetir que nunca nos parece por demás hablaros de la que hemos amado tiernamente desde niño. Por eso hemos de añadir algo más y convidaros á que en la presente ocasión toméis especialísimo interés en solemnizar la festividad de la MADRE SANTÍSIMA DEL CARMEN.

Mas no bastarán los cultos exteriores por más brillantes que parezcan. Se requiere que éstos sean trasunto de vuestro solícito empeño por acercaros á Dios para servirlo; empeño lleno de contrición por los extravíos de la vida, y fervoroso para pedir á María que quebrante las cadenas que aprisionan á los pecadores, dé luz á los que están ciegos por la culpa, y alcance á todos los bienes que han menester; de tal suerte que los hijos de María, libres del pecado, se tornen mansos y castos. Ojalá que todos llevemos en adelante vida pura, sigamos por sendero cierto y seguro, y que viendo y conociendo á Jesucristo nuestro Salvador Divino, en El y por El gocemos de santas y perennes alegrías. Así lo esperamos de la protección maternal de María y de vuestra cooperación á las gracias que por su mediación se nos prometen; y ellas habrán de producir la paz y la caridad entre los prójimos; el aborrecimiento del mal y del pecado; el ardor de la fe; la obediencia y adhesión á la Santa Iglesia Católica, en cuyo seno nacimos, y de quien aprendimos á invocar á María como nuestra abogada ahora y en la hora de la muerte.

Finalmente, os exhortamos de nuevo á que os preparéis debidamente con la confesión y comunión, á ganar las indulgencias especiales otorgadas á nuestra Santa Basílica Primada, para el día de la FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, desde la víspera, hasta que se ponga el sol en dicho día. Orad con muy particular devoción por Nuestro Santísimo Padre el Papa y por toda la Iglesia. Rogad, asimismo, por

nuestra Patria y por sus necesidades espirituales y temporales; por todos los que gobiernan, y por cuantos han menester de socorro y favor celestial. A los vuestros unimos nuestros votos para que descienda sobre todos, la bendición del PADRE, Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. AMÉN.

Con el fin de procurar en cuanto sea posible la mayor solemnidad en la fiesta de NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, disponemos:

1.º Invítase á los habitantes de Bogotá á que tomen parte en la celebración de la fiesta del CARMEN, iluminando todas las casas de la ciudad, la víspera de la fiesta.

2.º Dése un repique general en todas las iglesias de la ciudad, el quince del próximo mes de Julio, á las doce del día, á las seis de la tarde y á las nueve de la noche.

La presente Pastoral será leída en todas las iglesias, el domingo después de recibida.

Dada y firmada por Nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro Secretario, en Bogotá, á veintidós de Junio de mil novecientos ocho.

✠ BERNARDO,
Arzobispo de Bogotá.

CARLOS CORTÉS LEE
Secretario.

De Missa solemnī coram S. S. Sacramento exposito

Procedunt omnes juxta ordinem consuetum ad altare. Acolythi cum in presbyterium pervenerint, apud balustria hinc inde sistunt, ut sacris ministris liberum transitum relinquant. Isti, cum venerint in conspectum SS. Sacramenti, caput detegunt et biretum cæremoniario vel acolytho tradunt; et cum ad altare pervenerint, ante infimum gradum flectunt utrumque genu et caput profunde inclinant, se erigunt, et Missam inchoant. Acolythi similiter genuflectunt, et accedunt ad abacum, seu hinc inde prope ministros, et genuflexi confessionem faciunt etc.

Expleta confessione, nulla prius facta genuflexione, ministri ascendunt ad altare, ubi neque genuflectunt (1). Celebrans dicta oratione *Oramus te*, etc., et nulla præmissa genuflexione (S. R. C. 23 Nov. 1906), tantillum se retrahit, et conversus ad cornu epistolæ imponit incensum. Thuriferarius tamen advertat, tam ante ascensionem ad altare, quam post descensionem de eodem, in plano

(1) Videtur principium esse tenendum, nulla facta distinctione, an SS. Sacramentum super altaris mensa inveniatur, an etiam in throno, genuflexionem faciendam esse tantum, a) si stetur super suppedaneo: 1.º in accessu ad medium ab alterutro latere, et in recessu; 2.º in transitu *immediato* ante medium; 3.º in transitu ministrorum post celebrantem, hinc et inde. b) Si ex plano presbyterii accedatur ad altare, in infimo gradu per ministros paratos, in plano per ceteros, sive a latere, sive in medio, juxta casuum diversitatem.

Hinc est, quod, docent Decreto 3975, minister Missæ privatae non genuflectit super suppedaneo antequam transferat missale et postquam ad aliud latus pervenerit, sed tantum in medio; quia de plano venit, et genuflectit antequam a latere ascendat et postquam descenderit (S. R. C. N. 3975); dum Subdiaconus et Diaconus genuflexionem faciunt priusquam missale accipiant et postquam deposuerint, quia super suppedaneo inveniuntur.

genuflexionem facere debere (S. R. C. N. 3975); idem dicendum de aliis clericis in similibus casibus.

Diaconus dum Celebranti cochlear et thuribulum porrigit ab oculis se absteat (1).

Post impositionem et benedictionem thuris, Celebrans cum ministris, sine genuflexione, in supremum gradum descendunt, ita ut terga SS. Sacramento non vertant, et genuflectunt in ora suppedanei. Diaconus thuribulum Celebranti præbet, qui, præmissa cum ministris profunda capitis inclinatione, triplici ductu SS. Sacramentum thurificat; casulam ei a parte posteriori ipsis ministris elevantibus. Iterum caput inclinans, surgunt, et ante mensam altaris facta genuflexione, thurificationem altaris, non autem Crucis, more solito perficiunt. Expleta incensatione, Celebrans stans adhuc in cornu epistolæ, tradit thuribulum Diacono, et, manibus junctis, a parte laterali epistolæ, ita vertens se ut faciem non avertat ab altari, descendit in supremum altaris gradum, vel in planum, juxta consuetudinem; dummodo caveat ne terga vertat Sacramento (N. 2682); et versus ad populum incensatur a Diacono.

Post incensationem, Celebrans, adstantibus ministris, ascendit in cornu epistolæ, ubi more solito legit *Introitum*. Dum cantatur ultimum *Kirie*, ministri in medium unus post alium procedunt, ubi, facta genuflexione, Celebrans Hymnum Angelicum intonat: Diaconus et Subdiaconus genuflectunt antequam ascendat ad latera Celebrantis, quin huc cum pervenerint, iterent genuflexionem. Post recitatum Hymnum, genuflectunt, et directe per partem epistolæ procedunt ad scamnum (S. R. C. 12 Julii 1901): sedentes non cooperiunt caput. In fine Hymni, accepto signo, assurgunt ministri, et per planum ante infi-

(1) Omnia oscula fieri solita in Missa solemnī sine expositione, retinenda quoque sunt in hac Missa, exceptis solummodo oculis cochlearis thuribuli et manus ad incensationem, nec non ad porrigendum et recipiendum biretum.

num altaris gradum procedunt (1); super quo gradu genuflectunt unico genu, et ascendunt, sistentes unus post alium. Celebrans osculatur altare, iterum genuflectit (non autem ministri) (2) et cantat conversus ad populum, ad cornu Evangelii, *Dominus vobiscum*: deinde cum ministris genuflexionem repetit, ante discessum ad cornu epistolæ.

A cantu lectionis, seu epistolæ, fiunt omnia juxta consuetum, usque dum Celebrans incipiat legere Evangelium, ad quod accedit, peracta in medio genuflexione ante et post *Munda cor meum*. Subdiaconus, post osculum Celebrantis, transfert missale ad cornu Evangelii, faciens ante et post genuflexionem: Diaconus autem, stans adhuc in cornu epistolæ, signat se signo crucis, cum aliis initio Evangelii; genuflectit deinde in loco ubi stat, et descendit in planum a parte epistolæ, accipit Evangelium, genuflectit ante altare super infimo gradu, et depositio libro in medio altaris, ibi consistit, donec Celebrans Evangelii lectionem, expleverit.

Lecto Evangelio, Celebrans accedens prope medium altaris, ad cornu epistolæ conversus, incensum de more imponit ac benedicit; ministri assistentes nullam faciunt genuflexionem. Incenso benedicto, Celebrans ad medium altaris convertitur cum ministris, et omnes genuflectunt: thuriferarius autem et cæremoniarius descendunt in planum ad loca consueta. Subdiaconus, conversus per dexteram suam descendit ante gradus altaris; Diaconus vero conver-

(1) Reverentiae, quae fieri solent in choro, honoris causa, omittuntur, non autem illae reverentiae quae potius ritus quam honoris causa fiunt; ex. gr. ad incensationem, ad pacem recipiendam, eaque data, etc.

(2) Cl. A Carpo (Caerem., part. 2, n. 159), loquens de genuflexionibus, quas ministri sacri in Missa solemnī peragere debent, aperte docet: "Demum sive ante sive post consecrationem est jugiter ab iisdem genuflectendum, quacumque vice Celebrans genuflectit, dummodo ad ejus latus stent." De eadem sententia sunt Merati, Cavalieri, Martucci, Baldeschi aliique recentiores.

tit se per sinistram, et in ora suppedanei ante altare genuflexus, dicit *Munda cor meum*, capite profunde inclinato; surgit, accipit librum et genuflectit ante Celebrantem, ut accipiat benedictionem, qua accepta, osculatur Celebrantis manum, surgit, simul cum eo genuflectit, et dum Celebrans ad cornu epistolæ accedit, ipse descendit ante infimum gradum.

A cantu Evangelii usque ad Symbolum omnia ut in aliis Missis (1).

Post *Et incarnatus*, Diaconus bursam deferens accedit ad altare, genuflectit in infimo gradu, ascendit, et explicat corporale super altaris mensam; deinde, more solito, genuflectit in suppedaneo, et descendit.

Post Symbolum, ministri genuflectunt more solito super infimo gradu, et disponuntur unus post alium: Celebrans, osculatur altare, genuflexionem facit, et, dicto *Dominus vobiscum*, iterum genuflectit, factaque ab omnibus capitis inclinatione, ad verbum *Oremus*, Diaconus et Subdiaconus genuflectunt in locis suis; primus suppedaneum conscendit ad dexteram Celebrantis, secundus accedit ad credentiam, et accepto calice, genuflectit ad cornu epistolæ, super infimo gradu; accepta deinde a Diacono patena, antequam descendat genuflectit in suppedaneo, et iterum super infimo gradu ante altare.

Post orationem *Veni, Sanctificator*, etc., Celebrans, imposito et benedicto incenso, ut supra, convertitur ad altare (non genuflectit), et incensat oblata. (In Parasceve genuflectitur, ut declarant Rubrica Missalis et Memoriale Rituum, quia non agitur de oblato ad conficiendum Sacramentum, sed de ipsa divina Eucharistia). Deinde fit incensatio Sacramenti, altaris et Celebrantis, sicut ante Introitum dictum est.

(1) Subdiaconus post Evangelium, deferens librum ad osculandum, nullam reverentiam facit, in venerationem sancti Evangelii, uti in Missa sine expositione.

Dum Celebrans genuflexus SS. Sacramentumthurificat, Diaconus casulam elevat, Subdiaconus autem stat in loco suo (N. 2474); hic porro, dum a Diacono incensandus est, non genuflectit (quia, uti Celebrans pro impositione incensi, non recedit e medio), sed ad Diaconum, cornu epistolæ respiciens, conversus, incensatur. Diaconus observat omnia quæ in prima incensatione exposuimus. Incensato Subdiacono, reddit thuribulum clerico, pergit ad locum suum a tergo Celebrantis, genuflectit, et se convertit ad thuriferarium, recepturus incensationem, uti de Subdiacono dictum est; deinde conversus ad altare non genuflectit. Celebrans, post *Lavabo* ad altare ascendit, et facta in medio genuflexione, Missam prosequitur juxta solitum, usque ad communionem, si excipias, quod ad *Orale, fratres*, non perficit circulum; Diaconus respondet *Suscipiat*, et, si non adest cæremoniarius genuflectit, et, ascendit ad Celebrantem, ad vertendum folia missalis. Ad initium Præfationis genuflectit, et descendit ad locum suum post Celebrantem; et iterum ad finem Præfationis genuflectit (cum Subdiacono, ubi adest consuetudo), et ascendit ad recitandum Trisagium, quo expleto, facta genuflexione, descendit ac ad sinistram Celebrantis transit, ubi iterum genuflectit.

Ceroferarii cum intorticiis accedunt in presbyterium, genuflectunt utroque genu cum capitis inclinatione, mox surgunt, et ad loca sua pergunt. Prolatis verbis consecrationis, dum Celebrans genuflectit, ceroferarii, sicut et ceteri, convenienter caput inclinant, deinde, in actu elevationis S. Hostiam aspiciunt, dicentes, ad lucrandas Indulgentias, secreto: *Dominus meus, et Deus meus!* Iterum inclinant caput, dum Celebrans genuflexionem reiterat. Similiter dicendum pro Calicis elevatione; qua expleta, et non post summptionem Sanguinis, surgunt, genuflectunt utroque genu, et in sacristiam redeunt.

Ad orationem *Quam oblationem*, Diaconus transiens a sinistra ad dexteram Celebrantis, genuflectit antequam

descendat, non vero in medio. Deinceps a consecratione ad communionem, Diaconus, Subdiaconus et clerici servant omnia quæ in aliis Missis solemnibus prædescripta sunt. Post communionem ministri similiter observabunt omnes genuflexiones pro aliis Missis præscriptas; sed insuper, ratione SS. Sacramenti in throno expositi, genuflexiones præstari debent quoties ad altaris medium accedunt, vel de altaris medio recedunt. Celebrans eodem loco accipit ablutionem et purificationem, et statim post, ministri mutant loca, hinc et inde genuflectendo; Subdiaconus debet genuflectere in suppedaneo, antequam calicem accipiat, et eodem cum calice descendat, sed et genuflexionem faciet in medio, in infimo gradu, uti in aliis Missis (1) quia ab altari recedit.

Diaconus cantat *Ite, missa est* stans versus cornu Evangelii, facie quasi versa ad cornu epistolæ. Cum Celebrans dicit orationem *Placeat, etc.*, ministri genuflectunt priusquam ascendant apud suppedaneum pro benedictione.

Si est genuflectendum infra ultimum Evangelium, omnes ad SS. Sacramentum se convertunt (N. 3875), et ministri, una cum Celebrante, per breviorum in planum ante altare descendunt, ubi genuflectunt utroque genu cum profunda capitis inclinatione, et ad abacum pro dimittendis casula et manipulis, et induendo per Celebrantem pluviali ad dandam benedictionem (S. R. C. N. 40485), seu si SS. Sacramentum remanet expositum, ad Sacristiam revertuntur: sese cooperiendo cum extra conspectum SS. Sacramenti pervenerint.

(1) Ita reperitur in regestis S. R. C. sub die 7 Nov. 1905.

VISTAS JAPONESAS

Por el P. Nicolás Merino.

Por extravagante y absurda que sea una teoría, una afirmación cualquiera, á fuerza de insistir en ella, repitiéndola en todos los tonos, atrevidamente y con alardes de competencia, llega el vulgo: primero, á sospechar; luego, á dudar; y, por último, á persuadirse de que, por lo menos, algo de verdad irá envuelto en aseveraciones tan terminantes y categóricas. Y en esta errónea persuasión descansa tontamente una gran parte de la masa de los mortales, hasta que, unas veces la discusión desapasionada y luminosa, y más generalmente la realidad avasalladora de los hechos, se encarga de disipar las nebulosidades del error y los embustes del sofisma. Frecuente es, entonces, oír exclamaciones tan contradictorias como éstas: ¡Gracias á Dios! ¡Qué desilusión! Y es que cada uno habla de la feria según le va en ella. . . . ¿Que á qué fin se endereza todo este fárrago preliminar? Pues á lo que verá quien se armare de paciencia y leyere lo siguiente.

Cuando comenzó el conflicto ruso-japonés, era crecido el número de los que, por simpatía, por interés ó por que sí, hallaban sus complacencias en tributar al Japón toda clase de elogios. Trabajaban como á destajo y sin descanso por convertir en incienso que ofrecer al Japón todas las voces laudatorias del léxico. No se miraba á que las cosas fueran ó no merecedoras de encomio, sino á si eran ó no japonesas. ¡El Japón! El Japón era un pueblo joven, civilizado, valiente, virtuoso, desinteresado y amante de la justicia, hasta el extremo de dar el poco dinero que tenía y toda su sangre por libertar á los chinos y coreanos de la tiranía rusa; un pueblo, en fin, sin defectos ni peros, para lo cual había que pintarle como eminentemente religioso, y hubo quien palpó el notición de que Togo y

treinta diputados japoneses eran católicos á macha-martillo. ¡Con qué ansia esperaban los nipófilos el resultado final de la campaña! Y en verdad que la importancia de la contienda no era para menos; como que era cuestión de vida ó muerte, no sólo para el Japón, sino también, según ellos, para Corea, China, y en general para los intereses comerciales en el Extremo Oriente.

Venció el Japón: era, pues, llegado el momento de ver traducidos en realidades sus verdaderos propósitos sobre el Extremo Oriente, y de saber á qué atenernos con respecto á su decantada civilización, su amor á la justicia, su caballerosidad, alteza de miras, etc., etc. ¿Qué cuentan los hechos?

Todos sabemos que Corea, tributaria de China antes y declarada independiente después de la guerra sino-japonesa, acaba de ser apropiada, absorbida, engullida por la insaciable codicia nipona. Ni la santidad de los tratados solemnemente firmados, ni el derecho de gentes han sido eficaces para impedir la consumación del atropello. Derecho y tratados han sido conculcados y escarnecidos, y la única ley allí prácticamente reconocida es la despótica ley del más fuerte, la que impera siempre en los países semi-civilizados, y hace, de cuando en cuando, sus excursiones por los que hace siglos se quitaron el *semi*.

Por centenares se cuentan los japoneses que entran diariamente en Corea. Muchos son agricultores, es decir, colonos cesantes y labradores arruinados del Japón que en Corea se establecen á sus anchas, en terrenos del Estado ó de los Municipios, gozando *ipso facto* de todas las ventajas y comodidades que proporciona la ley del *prini capientis*. Otros emigrantes pertenecen á la clase de comerciantes, y éstos, no contentos con explotar la riqueza del país, van poco á poco apoderándose de la propiedad individual del coreano por todos los medios que les sugiere su mala fe. La usura, especialmente, se ceba de una manera sangrien-

ta y escandalosa en el natural abandono y en el carácter indolente y perezoso del coreano. Abundan también en el gran contingente de aventureros japoneses que se trasladan á Corea, los comediantes de ambos sexos, los saltimbanquis de profesión y los vagabundos de oficio, y, para completar el cuadro de desolación que ofrece aquel país, allí están los oficiales del Japón, tanto civiles como militares, viviendo del presupuesto coreano y ayudando á sus paisanos á que esquilmen á los naturales. Esto es lo que ha hecho, y esto es lo que hace el Japón; y —¡qué sarcasmo!— esto lo hace con capa de "Protector de Corea." ¿Qué extrañío es que, desengañado el pueblo coreano, desvanecido en él hasta el último vislumbre de esperanza, cansado de ser testigo y víctima de la rapacidad nipona, y sin tener á quién acudir en demanda de justicia, se levante enfurecido contra el opresor y prefiera una muerte gloriosa en defensa de sus derechos á una vida vergonzosa de esclavitud y de oprobio?

Por relacionarse con la materia presente y contener enseñanzas muy notables, voy á traducir un párrafo del editorial *Los japoneses en Corea*, publicado en el *Echo de Chine*, periódico de Shanghai:

"Es imposible — en Corea — recurrir á los tribunales, que son todos japoneses y dan siempre la razón á los compatriotas. En materia de justicia, los japoneses, á quienes se tiene por civilizados, están todavía en mantillas. Esto explica que ante la opinión pública de Corea hayan ya perdido toda su fama y renombre. Citemos un caso entre mil. En el distrito de Y'a-in Kyengsangto, Norte, un noble pagano poseía un pequeño monte en las cercanías del pueblo en que habitaba. Ocurrió una defunción en casa de un rico del mismo pueblo, y los hechiceros que tienen el oficio de buscar un fausto lugar de sepultura, designaron para el caso presente la montaña en cuestión. Había, pues, que apropiársela; para lo cual, según usos y costumbre de

la nobleza coreana y *post factum*, basta colocar una sepultura en sitio más elevado que el de todas las existentes en un determinado lugar. Prevenido que fue el propietario del peligro que corría de perder su hacienda, tomó las debidas precauciones para protegerla. Llegado el día de los funerales, y sabiendo que la montaña estaba bien guardada por sus dueños, el rico se fue á los japoneses con el cuento de que los voluntarios se hallaban en aquel paraje y le impedían hacer allí el entierro de su madre. Inmediatamente salieron para el lugar indicado veinte soldados japoneses seguidos de cinco policías, y, sin intimación de ningún género, la emprenden á tiros con aquellas gentes pacíficas é inofensivas, matando al dueño y á sus dos hijos é hiriendo á muchos de sus parientes y vecinos. Entonces el *raptor* de la montaña, protegido por los fusiles japoneses, pudo cavar la fosa, enterrar el cadáver y retirarse vencedor. Cuando algunos días después la familia de las víctimas reclamó los tres cadáveres llevados á la villa por los soldados, éstos se negaron á entregarlos si no era mediante la cantidad de 200 dólares por cadáver. Esto era ya el colmo de la crueldad y la injusticia. ¡Pérdida de la montaña, muerte de los dueños y 200 dólares de rescate por cada uno de los tres cadáveres!

“Después de tales hechos, que en una ú otra forma se renuevan diariamente en toda la Corea, ¿cómo es posible evitar que el pueblo se aliste en las filas de los voluntarios?

No son los coreanos los únicos á quienes un amargo desengaño y una triste experiencia ha convertido de admiradores entusiastas del Japón en sus más enconados enemigos. Los chinos son, quizá, los que más sinceramente desean el hundimiento de esa nación: cuanto antes y cuanto más estrepitosa sea la caída, mejor, dicen los celestes. Telegramas de Seoul y de Pekín anuncian que los dos respectivos pueblos proclaman la noticia de que el objeto de la

venida de la escuadra americana al Pacífico no es otro que decir al Japón: basta ya de ultrajes é injusticias; ó dejas á tus vecinos vivir tranquilamente, ó nos veremos las caras. Los coreanos creen eso á pie juntillas; los chinos ya son un poco más ladinos y maliciosos y van dándose cuenta de que en el Extremo Oriente nadie saca del fuego castañas para regalo del vecino; sin embargo, el vivo deseo que tienen de verse libres del azote japonés y la generosa renuncia del Gobierno americano aparte de la indemnización *boxer*, son motivos para sacar de quicio al chino más sesudo. Y sigámos viendo si los chinos tienen razón para estar quejosos de los nipones.

Apenas se rompe una teja en el tejado, ó un plato en el hogar inmenso de la gran familia china, cuando ya está el Japón refunfuñando y afilando las uñas para lanzarse sobre la presa; que eso significan estas frases cariñosas de la diplomacia japonesa: Si China no pone su casa en orden, nos veremos en la triste necesidad de *intervenir*. Si no se acomoda á las exigencias modernas, tendremos que *protegerla*. . . . como á Corea. Desgraciadamente esta protección rebasa ya los límites razonables de la prudencia; y si no hay enmienda, la palabra *protección* pasará á ser sinónimo de arbitrariedad, tropelía, etc.

Ya saben los lectores de *España y América* el gran interés que se está tomando el pueblo chino por abrir nuevas líneas de ferrocarriles. Trata ahora el Gobierno Imperial de prolongar hasta Tsitsihar la línea del Norte. La extensión serviría para facilitar el comercio con la Mandchuria, y es absolutamente necesaria para poder explotar la riqueza de la Mongolia y para que el Gobierno central pueda introducir allí toda clase de reformas. Pues bien; hé aquí el telegrama que leo en los periódicos: “El Gobierno japonés todavía se niega á reconocer el derecho de China á extender hasta Facumen—Tsitsihar la línea de los ferrocarriles imperiales del Norte del Celeste Imperio, y ame-

naza á éste con recurrir á la guerra en caso de que comience la obra de construcción sin su consentimiento." En cambio los japoneses, que no son dueños de la Mandchuria — son protectores, — han extendido, sin el consentimiento de China, un ramal desde Estaoku á Chaugchun del Oeste, que es el nombre de la nueva concesión japonesa, con una población de 2,000 súbditos del Mikado, incluidos los habitantes de 80 casas de desorden. ¡Vaya una noticia que se me escapó, á pesar de haberme propuesto, por respeto á Ito, Togo, Kamimura, etc., no hacer consideraciones sobre las deficiencias de la moralidad japonesa, cuando éstas no se refieren directamente á la justicia conmutativa!

Otra de las irregularidades del Japón con respecto á China es el haber comenzado el corte de maderas en la margen derecha del Jalu, estando pendiente el arreglo de esa disputa del fallo que den los gabinetes de Pekin y Tokio. Pero ¿qué tiene de extraño que el Japón guarde tan pocas consideraciones y sea tan poco escrupuloso tratándose de China, cuando no respeta á otras naciones, aun á las más amigas y poderosas? Por las puertas de la zona sur de la Mandchuria, abiertas solamente al libre comercio internacional, pero custodiadas por Japón, sólo es posible la entrada al comerciante japonés que goza de toda clase de facilidades y exenciones aduaneras, mientras que los demás encuentran sólo trabas y entorpecimientos por todas partes. Por eso dice con mucha razón el *Shanghai Times* de hoy, 27 de Febrero, que "el Japón habla mucho de la "puerta abierta" — el *open door*, — pero esta es una puerta que sólo se abre para el Japón." En el mismo periódico leo que "en Corea los ingleses hasta en sus paseos han de ser muy cuidadosos si quieren ahorrarse desazones de parte de los soldados y trabajadores japoneses," y otras noticias que ponen la civilización del Japón á la altura... que tiene.

Para terminar voy á permitirme dar un consejo á mis lectores. Si alguno de vosotros tiene que viajar por el Extremo Oriente, cúidese mucho de no recibir gato por liebre. Una de las industrias más prósperas entre los nipones es la falsificación de billetes de Banco. En Newchang el papel-moneda tiene un 30 por 100 de descuento, debido á las falsificaciones de origen japonés. También son muy aficionados á hacer uso de las marcas de fábrica del vecino con pequeñas alteraciones.

(De España y América)

UNION APOSTOLICA

PATRONO DEL MES DE AGOSTO

15.^a AUGUSTI 1908

ASSUMPTIO B. M. V.

OREMUS—Famulorum tuorum, quæsumus, Domine, delictis ignosce: ut qui tibi placere de actibus nostris non valemus, Genitricis Filii tui Domini nostri intercessione salvemur. Qui tecum. . . .

Assumptionis B. V. Mariæ in cœlum memoria tria hæc nobis meditantibus suggeret: quantum cœlestem, post Ascensionem divini Filii sui, vitam Maria egerit; quam beate decesserit; quanta gloria apud Deum accepta sit.

In domo sancti Joannis, cui Salvator eam commiserat, manens, suis precibus et hortamentis apostolos in opere arduo adjuvabat, eosque recreabat dum de Filii adolescentia multa revelabat. Verius quam Paulus dicere poterat: Mihi vivere Christus est. Cupio dissolvi et esse cum Christo.

Quanta lætitia vocem invitantis audivit: "Surge, propera, amica mea. . . et veni. Jam enim hiems transiit, imber abiit et recessit. . . veni, coronaberis. . ." Beati mortui qui in Domino moriuntur!

“Quis cogitare sufficiat quam gloriose Iregina mundi processerit, et quanto devotionis affectu tota in ejus occursum caelestium legionum prodierit multitudo, quibus ad thronum gloriae canticis sit deducta?” ait D. Bernardus. Hanc autem gloriam non tam divinae matris titulo quam perpetua suae cum Dei voluntate conformitate meruit: confidamus et laboremus.

CONVERSION DEL PIANISTA HERMANN

(Conclusión)

“Vosotras, santas y heroicas hijas de San Vicente de Paúl, ¿de dónde habéis sacado, de dónde sacáis ese ardor, ese celo que despleáis en la noble misión del apostolado de los pobres? Vosotras amáis en la pobreza otra Eucaristía. Gracias por haber hecho venir de tan lejos un pobre de Jesucristo, que se presenta con la mano tendida pidiendo pan para los demás por el amor de Dios y con sus propias palabras: Todo lo que diereis en mi nombre es como si me lo diereis á mí mismo.

“Venid todos, exclama para concluir, venid los que tenéis hambre y sed de felicidad y de amor; venid todos cerca de Jesucristo; él os da todo su corazón, toda su gloria; amadle, identifícaos con el Señor: él es todo, el resto no es nada; las grandezas y seducciones humanas no son sino una engañosa vanidad.

“Amemos á Jesucristo: jamás me cansaré de convidar á todos los hombres á su amor; amemos á Jesús: no hay más que una sola felicidad, amar á Jesucristo y ser amado de él.”

Tal fue, en parte, aunque sin haberlo pintado con sus verdaderos colores, el sermón del célebre predicador, que depositó en todas las almas la preciosa semilla de salvación. Al terminar su discurso el R. P. Agustín, expresó con va-

lor y sensibilidad, la profunda gratitud de los Religiosos del Carmelo hacia el Príncipe de la Iglesia presente á la ceremonia, que tanto ha hecho por ellos: recordó la manera como este Prelado había sido diez años antes el restaurador del Carmelo en Francia, y el protector del primer convento establecido en Rions; así como su ilustre predecessor, Monseñor d'Avian lo había sido de los R.R. P.P. Jesuítas. Monseñor Donnet se mostró sumamente enternecido con esta manifestación, y no pudo tampoco ocultar la gran parte que tomaba en la emoción de su rebañó; emoción visiblemente amada cuando los niños de coro de la Metrópoli, acompañados del órgano, ejecutaron diferentes y encantadoras composiciones del R. P. Agustín.

El resto de la estancia del R. P. Agustín en Burdeos fue marcada por un gran número de tiernas escenas, que aunque hayan sido más ó menos silenciosas, no por eso dejarán de quedar menos grabadas en la memoria de los que las han presenciado.

Después de haber hecho una excursión de tres días á Angers, donde su palabra electrizó todos los corazones, como en los demás sitios donde ella había resonado, y á Tours, cuyo Arzobispo el Emmo. Cardenal Morlot le envió su coche á su llegada por el camino de hierro, y aun quiso detenerlo en su palacio, el R. P. Agustín fue llamado á Carcassona.

El 25 de Noviembre al medio día, al partir la diligencia de Burdeos á Pau, los enternecidos ojos de una muchedumbre interesada contemplaban en la plaza pública á dos religiosos, vestidos con capa blanca y capilla, que por no estar ésta calada permitía ver sus facciones llenas de dulzura y dignidad. Uno de ellos hincó la rodilla delante del otro, le pide su bendición, y recibe sus instrucciones en voz baja: era el R. P. Agustín, que pedía licencia y se despedía del R. P. Carlos, superior en Burdeos. Al ocupar uno de los últimos asientos del coche, el piado-

so peregrino dijo á uno de aquellos á quienes dejaba: Cuando me alejaba de París yo echaba menos sobre todo dos cosas, la adoración nocturna y la obra de San Vicente de Paúl, de las cuales habia sido miembro; esta pena se renueva hoy en mi corazón al decir adiós á una ciudad protegida por dos asociaciones parecidas. Si alguna cosa puede consolarme es la esperanza de propagar la adoración nocturna en toda la Francia, y de no rehusar en ninguna parte mi palabra á los pobres de San Vicente de Paúl

El R. P. Agustín, habiéndose enfervorizado más aún, y tomando nuevas fuerzas entre sus hermanos de Carcassona, marchó á predicar la Cuaresma á Pamiers, y de allí, pasando por Montpellier y Lyon, se constituyó en París con el R. P. Provincial. Ambos bajaron á la casa de los Lazaristas, calle de Sèvres. El 24 de Abril de 1854, el antiguo israelita tan nombrado entre los artistas de la capital apareció en el púlpito de San Sulpicio: la vasta basílica estaba llena de un concurso inmenso y escogido de fieles; y este afanoso deseo envolvió el doble motivo de la piedad y de la caridad. Se trataba, en efecto, de ayudar á la obra tan popular de Santa Genoveva, establecida en favor de los pobres del Rastro por las hijas de San Vicente de Paúl. Con grande y unánime emoción este selecto auditorio escuchó al nuevo centurión confesar, dándose golpes de pecho, la divinidad de Jesús crucificado. Pero lo que nos parece imposible de explicar es la simpática atención con que durante hora y media oyó al orador una multitud de jóvenes, que por diversos motivos habian acudido. Al dirigirse á ellos recordando que habia llevado su misma vida y abriéndoles los brazos, les conjuró á que tomasen parte en su felicidad actual: se notó entre toda la muchedumbre un estremecimiento tál, que si la majestad del lugar no la hubiese contenido los arranques del corazón, habria prorrumpido sin duda en estrepitosos aplausos. El resto del discurso fue poco más ó menos lo mismo que

el de Burdeos, pues que parece que lo eligió como tema al hablar por primera vez en todas las ciudades, siendo muy natural que explicase ante todos su vida pasada, y el cambio operado en él por la gracia. El Arzobispo de París, que presidia la función, dio la bendición, durante la cual el artista convertido tocó el órgano con una melodía verdaderamente seráfica, encantando á las almas que acababa de persuadir con su elocuencia.

Al salir de San Sulpicio los dos RR. PP. iban acompañados de un joven israelita de maneras elegantes, que á su vez se despedía del mundo y de la administración de los caminos de hierro para marchar á presentarse desde luego en el noviciado de los Carmelitas, y echarse á los pies de Santa Teresa. suplicándola la adoptase por su hijo. Conquista gloriosa, después de tantas otras, debida al ejemplo y á los acentos de aquel á quien Dios visiblemente ha encargado el reclutamiento de una santa milicia, precisamente en un siglo en que el mundo contaba con más partidarios y adoradores.

Así es como, devorado por el celo de la casa de Dios, el R. P. Agustín continúa sus peregrinaciones al traves de Francia, predicando, á ejemplo de su Divino Maestro, á las almas enfermas: Venid á mí vosotros los que sufrís, y seréis curados.

Podrá decirse bien pronto, que gracias á su admirable sacrificio, en el antiguo reino de San Luis no hay una hora en que la nación deje de ser protegida por un acto el más solemne del cristianismo.

¡Qué profundas y sentidas reflexiones no debe hacer brotar en todos los corazones accesibles á lo grande y á lo sublime la comparación de todo el mal que habria podido hacer á la sociedad un joven dotado de todas las facultades, abusando de ellas, como se hace ordinariamente, con el bien que por el contrario opera diariamente su conversión milagrosa en todas las partes donde se

presenta y tan prodigiosamente se hace escuchar, no obstante su borrascosa vida pasada, lo grosero de su hábito y la sencillez de todo su exterior y de su palabra!

LA MEDALLA MILAGROSA

I

LA FUENTE DE GRACIAS

Si á semejanza del Real Profeta David, dirigimos nuestros ojos á cuanto nos rodea, y examinamos con atención los seres de la naturaleza, no podremos menos que exclamar como él: *grande y sobremanera digno de alabanza es el Señor.* (1)

Y en verdad, no hay en la grandiosa obra de la creación, nada, por pequeño é insignificante que nos parezca, que no sea capaz de llenarnos de admiración.

El más pequeño insecto que pasa su vida arrastrándose sobre la tierra, la ligera y matizada mariposa cuya fugaz existencia se asemeja á la de las flores entre las que pasa su vida, el diminuto grano de arena que pisamos, sin darnos tal vez cuenta de su existencia, nos ofrecen impenetrables misterios, ante los que se detiene estupefacta la ciencia humana, al tiempo que arrancan del corazón creyente sentimientos de admiración hacia el Criador de tantas maravillas.

Si levantándonos de la tierra, dirigimos nuestras atónticas miradas al reino sideral, si contemplamos estos millones de mundos que, en ordenado desorden, giran sobre nuestras cabezas, si engolfamos nuestra mente en este incommensurable caos que se llama el espacio, entonces... es un grito de la más grande admiración el que se escapa de nuestros pechos al considerar la grandeza y el poder del autor de la naturaleza.

(1) *Magnus Dominus et laudabilis nimis. Psalm. 47.*

Mas, sobre todo esto que nos llena, y con razón, de admiración y encanto, hay un orden de cosas infinitamente más grande, más hermoso y admirable: es el orden de la gracia; los ángeles y los santos son su obra, obra que con más razón que los portentos del orden natural, nos hace admirar al Dios autor de tanta grandeza.

Sobre todas estas maravillas, sobre toda esta grandeza, hay aún una cosa más grande, y es María, la Inmaculada María, la reina y señora de los ángeles y los santos, del cielo y la tierra.

Para comprender de algún modo la grandeza de María, sería necesario que nosotros pudiéramos comprender (la hermosura, la sin igual belleza que produce en su alma la gracia de Dios.

Un alma adornada de un grado tan sólo de la gracia santificante, es una cosa tan grande y hermosa, que sobrepuja á todo cuanto de grande y hermoso puede alcanzar nuestra imaginación. Así, si nos fuera posible ver con los ojos materiales una alma adornada de esta gracia, su admirable hermosura nos enajenaría y arrebataría de tal modo que quedaríamos extasiados ante tanta grandeza, ante hermosura tanta.

Según esto, calculemos la grandeza y hermosura de María por las gracias que recibió de Dios nuestro Señor.

Desde el instante precioso de su pura é Inmaculada Concepción, Dios inundó á María de su santísima gracia, haciéndola más grande y hermosa que todos los ángeles juntos, cual convenia á la que debía ser la Madre de Dios.

¡María, más grande y hermosa que todos los ángeles!

¿Hemos pensado alguna vez lo que esto significa? ¿Qué son los ángeles? ¿Cuál es su número? ¡Ah! los ángeles son unas criaturas, tan adornadas de la gracia de Dios, que el menor de todos ellos es admirable; son tantos en número que excede al de las estrellas del firmamento; y lo más admirable aún, es que no hay dos iguales, que cada

uno forma, por decirlo así, una especie distinta. Así, el primero de los arcángeles excede gradualmente á todos los otros — ¿cuál será pues su hermosura? Vamos aún más lejos: reunamos en uno solo todas las gracias de los demás, añadámosle las de todos los santos juntos, ¡oh, cuánta gloria, cuánta hermosura, cuánta grandeza!; y sin embargo, no hemos llegado aún á María; todo esto con ser tan grande es inferior á nuestra buena Madre; ella sola excede en hermosura á todo el cielo; es la Madre de Dios, y por consiguiente sólo Dios es superior á ella. Con razón, San Juan Damasceno extasiado en la contemplación de este océano sin fondo de inagotable grandeza, exclama: ¡es un abismo infinito, de gracia y hermosura!

* * *

Pero hasta aquí, no hemos considerado más que el efecto que produjo en María la gracia con que Dios la santificó, en el momento de su pura é Inmaculada Concepción; necesario es ir un poco más lejos. La gracia de Dios tiene una cosa de particular, de característico, y es el ser eminentemente activa; la gracia en un alma no puede permanecer ociosa: ó avanza ó retrocede.

La Inmaculada María, dicen los teólogos y entre ellos Suárez, desde el primer instante de su concepción, correspondió á todas estas gracias con tanta fidelidad y fervor, que doblaba estas gracias en cada acción que hacía. Esta gracia y hermosura aumentó pues de tal modo en María, durante los años que vivió, que sólo Dios puede sondear este abismo de gracia, riqueza y hermosura.

Ensayemos no obstante nosotros, y veamos si podemos medir tanta grandeza. Supongamos, que en el primer instante de la purísima vida de María, estuviese engalanada con mil grados de gracia, en el segundo eran ya dos mil, en el tercero cuatro mil, en el cuarto ocho mil.... continuemos así, doblando las gracias á cada instante de

su vida, tal vez llegaremos á calcular una hora, no más, de aquella preciosa vida de más de sesenta años. Añadamos á estas gracias, las gracias extraordinarias que María recibió en Belén, en Nazaret, en el Calvario.... ¡Oh Dios mío! la imaginación se pierde y se confunde ante tanta grandeza y hermosura.

* * *

Lo que hay de más consolador para nosotros de toda esta grandeza y hermosura, es que esta criatura extraordinaria, llena de gracias, ha sido enriquecida con el infinito caudal de los tesoros celestiales, no sólo para ella, sino principalmente para nosotros. Al ser destinada María para Madre del Reparador, fue constituida mediadora entre el hombre y Dios, y por este título, María participa en cierto modo del gobierno de Dios, quien ha colocado en sus puras é inmaculadas manos, los infinitos tesoros de su gracia.

La Medalla milagrosa, cuya reseña histórica vamos á hacer en estas breves páginas, es una prueba espléndida de esta consoladora verdad.

En el curso de esta obrita veremos cómo María, semejante á una refrigerante fuente, después de haberse llenado de las gracias celestiales, las derrama con profusión sobre nuestros corazones.

II

ZOE LABOURÉ

Es un error bastante generalizado, creer que aquellos que son favorecidos con comunicaciones sobrenaturales, han de tener algo extraordinario en su persona y en su modo de vivir. Se les presta fácilmente un ideal de perfección que los pone como aparte del común de los hombres. Sucede, pues, que si alguna vez llegamos á descubrir que la realidad no está en perfecta armonía con la opinión que nos hemos formado, si llegamos á sorprender en éstos con-

fidentes divinos, alguna pequeña debilidad ó enfermedad, lo extrañamos y aun, á veces, nos escandalizamos, como si estas extraordinarias comunicaciones pudieran cambiar y transformar nuestra humana naturaleza.

Algunos cristianos no conocían al Apóstol S. Pablo sino de nombre y experimentaban una especie de decepción al verlo de cerca: se les oía decir que su aspecto no correspondía á su misión, que su lenguaje, demasiado vulgar, no era digno de un apóstol.

Los judíos ¿acaso no se escandalizaron de que nuestro Señor comiera y bebiera como todo el mundo, de que sus padres fuesen pobres, de que procediese de Nazaret y de que conversase con los pecadores? Esto prueba cuán inclinados somos á juzgar por las apariencias.

Dios no es así; él ve el fondo de los corazones, y con frecuencia, lo que parece despreciable según el juicio del mundo, es grande delante de Él. Lo que aprecia, sobre todo, es la sencillez y la pureza; las cualidades exteriores, los dones de la inteligencia, el nacimiento, la educación son á sus ojos cosas de poca importancia, y por lo común es á los que carecen de estas cualidades á los que preferentemente se dirige cuando quiere confiar una misión á la criatura. Así manifiesta su sabiduría y su poder sirviéndose de elementos débiles para hacer cosas grandes, y algunas veces escoge para sus instrumentos criaturas imperfectas, permitiendo sus faltas é imperfecciones para conservarlas en la humildad y manifestar de este modo que los favores con que han sido gratificadas, lejos de ser concedidos á sus méritos personales, no son sino un puro efecto de su bondad.

Estas observaciones resolverán, de antemano, las dificultades que podría provocar, en el espíritu de los lectores, el contraste de una vida tan sencilla, con las extraordinarias gracias con que esta humilde niña fue favorecida.

El día 2 de Mayo de 1806 en una aldea de Francia (1) nació Zoé Labouré. Sus padres, verdaderos cristianos, vivían honradamente cultivando sus tierras y con aquella comodidad que da á la gente del campo la actividad del trabajo y la sencillez de la vida.

Dios había bendecido esta cristiana familia, dándole siete hijos y tres hijas.

Los varones dejaron bien pronto la casa paterna; Zoé y sus hermanas permanecieron junto á su madre, la que Dios se llevó antes que Zoé hubiese cumplido ocho años. Capaz ya de comprender la inmensidad de este doloroso sacrificio, parecióle que desde aquel instante la Virgen Santísima, á la que profesaba especial devoción, quería ser su única Madre.

Una de sus tías la tomó á su lado junto con su hermanita menor, pero su padre, hombre piadoso, quiso cuidar por sí mismo á sus hijas y á los dos años las llamó á su lado. Otro motivo, además, le obligó á obrar así. Su hija mayor pensaba seriamente ingresar en la comunidad de las Hijas de la Caridad, y el pobre padre no podía resolverse á confiar á manos mercenarias el manejo de su casa.

A la edad en que tantas otras niñas no piensan sino en sus juegos, Zoé tuvo que entregarse á los más penosos trabajos.

A los doce años hizo su primera comunión en la iglesia de su parroquia, con un corazón puro y fervoroso, y desde aquel momento, su único deseo fue pertenecer, sin reserva, á Aquel que acababa de darse á ella por primera vez.

Su hermana mayor realizó sus piadosos deseos, y dejando la casa paterna fue á comenzar su postulado entre las Hermanas de la Caridad, quedando Zoé desde entonces al frente de la casa, ayudada de una sirvienta.

(1) Fain-les-Moutiers. Parroquia de Moutiers-Saint-Jean, Departamento de la Côte-d'Or.

Las Hermanas de S. Vicente de Paúl tenían en su parroquia un establecimiento. Zoé las visitaba cuantas veces sus ocupaciones se lo permitían, y la Superiora que la apreciaba mucho la animaba en su vida laboriosa.

La virtuosa niña nada había dicho aún con respecto á su vocación, esperando con santa impaciencia que su hermana, menor que ella dos años, pudiese reemplazarla en la casa de su padre.

A esta amada hermanita hizo Zoé la confidenta de sus deseos, y entonces principió para las dos, una vida íntima de labor y de deber, cuyos únicos descansos eran los oficios de la parroquia.

Las dos hermanas, juzgando suficientes su aptitud y sus fuerzas, despacharon á la sirvienta y se partieron los trabajos de la casa.

Zoé, como la mayor, velaba en todo y tenía cuidado de su hermana como lo hubiera hecho una madre.

Esta vida campestre y laboriosa no hacía olvidar á Zoé su vocación. Solicitada varias veces para contraer matrimonio, fue su invariable contestación, que desposada desde mucho tiempo con Jesús, su amable Salvador, no quería tener sino á Él por su esposo.

Estas prematuras ocupaciones, como puede fácilmente comprenderse, hicieron que la niña llegara á sus diez y ocho años sin haber adquirido gran instrucción. Temiendo, sin duda, que esto fuese un obstáculo para su admisión en una comunidad, solicitó de su padre el permiso para ir á casa de una cuñada suya que dirigía un colegio. Su padre, temiendo perderla, accedió con gran dificultad á su deseo, pero bien pronto tuvo que dejar la casa de su cuñada para contraerse de nuevo á su primitiva vida.

Una Hermana de Caridad á quien abrió su corazón, suplicó instantemente á su Superiora, la admitiese sin dilación al postulado, ofreciendo ocuparse de ella de un modo particular hasta que alcanzase aquel grado de instrucción,

indispensable para ser recibida entre las hijas de San Vicente.

Zoé resolvió entonces comunicar á su padre el deseo que alimentaba. El corazón de este pobre padre se sublevó al escuchar el proyecto de su amada hija; había ya dado á la familia de San Vicente su hija mayor, y la idea de tener que renunciar ahora á aquella que tan sabiamente dirigía su casa, le parecía un sacrificio superior á sus fuerzas.

¡Pobre padre! intentó disuadirla, sin que su ternura paternal le permitiera ver que tenía que luchar con el mismo Dios, que era el que la llamaba á la vida de comunidad. Para disuadirla de este proyecto, la mandó á París, á casa de un hijo suyo, encargándole procurase sofocar en su hermana toda idea de vocación religiosa con placeres, diversiones y paseos.

Tiempo de verdaderos sufrimientos fue para la pobre joven su permanencia en París, pero la frivolidad de aquella vida lejos de sofocar en su corazón la idea de consagrarse á Dios, la aumentó más y más, suspirando ardientemente por el día feliz en que podría dejar enteramente el mundo.

Violenta en aquel elemento que comprendía no ser el suyo, escribió á su cuñada suplicándole se interesase en su causa, la cual, enternecida por esta manifestación de confianza, consiguió llevarla primero á su lado, y obtuvo además de su padre el permiso para que siguiera libremente su vocación. En consecueucia, Zoé Labouré ingresó en la casa de las Hermanas de la Caridad de Chatillón, en calidad de postulante, á principios del año de 1830.

Grande fue su alegría al ver el término de esta tribulación, que había durado casi dos años, y ya sólo anhelaba con ansia el esperado momento de ingresar al Seminario.

Aquellos que no están al corriente de la manera como están constituídas las dos familias de San Vicente de Paúl,

se extrañarán tal vez al oír el nombre de Seminario. Así quiso el santo fundador que se llamase el tiempo que pasan las jóvenes en las casas centrales de la comunidad para ser formadas al espíritu y á las obras de su vocación.

Por lo mismo, en lugar de novicias, se llaman hermanitas seminaristas.

A este tan suspirado puerto llegó Zoé Labouré el día 21 de Abril del mismo año de 1830.

(Continuará)

♀ MISCELANEA ♀

EXTRANJERO

Muerte del Emmo. Cardenal Portanova—El 25 de Abril murió el Emmo. Cardenal Portanova, Arzobispo de Reggio-Calabria. Nació este príncipe de la Iglesia en Nápoles el 11 de Octubre de 1845. Protegido por el Cardenal Riario Sforza entró al Seminario napolitano y recibió el presbiterado el 22 de Mayo de 1869. De raras aptitudes para la enseñanza y poseedor de vastos conocimientos en filosofía y teología, fue nombrado profesor de dicho Seminario. Publicó dos libros: *Errores y delirios del Darwinismo* y *Curso de filosofía especulativa*, que le merecieron calurosos aplausos. Cuando el terremoto de Ischia, en 1884, se puso al servicio de las víctimas; y habiendo muerto en esta catástrofe el coadjutor del Obispo de Ischia, fue nombrado para sucederlo como Obispo titular de Rosea. Luégo sucedió al propio Ordinario. Arzobispo de Reggio-Calabria desde el 16 de Marzo de 1888, Monseñor Portanova trabajó con celo ardiente en la reforma de su Arquidiócesis; tomó parte en el Congreso de Turín en 1895 y en el de Milán en 1897. El 10 de Junio de 1899, León XIII lo hizo Cardenal del título de San Clemente.

La Liga patriótica de los franceses—Los miembros de la *Liga patriótica de los franceses* hicieron en el mes de Marzo pasado, la peregrinación á Roma. El 25 del propio mes, asistieron, en la sala de la condesa Matilde, á la misa del Papa, y

recibieron de él la sagrada comunión. Por la tarde se reunieron enfrente de la gruta de Lourdes en los jardines del Vaticano. Allí cantaron el *Ave María* y después Monseñor Dadolle hizo un hermoso comentario sobre la gran profecía de Israel al rey Acáz: *Dabit Dominus ipse vobis signum*. El Padre Santo concedió la Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice* á la baronesa Reille y á la señorita Frossart, Presidenta y Secretaria de la Liga.

Congreso—Con motivo del Jubileo del Papa se verificará en Roma, en el próximo mes de Septiembre, un congreso de la juventud católica italiana. Podrán asistir á él los extranjeros que se hallen en Roma.

Nombramientos en el Vaticano—Monseñor Scapinelli ha sido nombrado para suceder al Cardenal Gasparri en la Secretaría de la S. Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, Monseñor Scapinelli hizo sus estudios en Reggio de Emilia. Fue Secretario de la Nunciatura de Lisboa; luégo, en 1893, pasó á La Haya como Auditor, cuando era Internuncio allí Monseñor Lorenzelli. En 1901 fue nombrado por León XIII, Camarero secreto participante. Es Canónigo de San Pedro, Subprefecto de los palacios apostólicos y Secretario de la Comisión del Dinero de San Pedro.

Monseñor Canali ocupa actualmente el puesto de Substituto de la Secretaría de Estado, que había quedado vacante por el nombramiento de Monseñor Della Chiesa para el Arzobispado de Bolonia. Nació Monseñor Canali en Rieti en 1875.

El Mikado condecora al Emmo. Cardenal Merry del Val—El emperador del Japón ha nombrado al Emmo. Cardenal Merry del Val, Gran-Cordón del Sol Levante, y recibió yá las insignias de la condecoración.

Contra un prelado romano—Los periódicos de Roma *La Vita* y *L'Italia*, calumniaron á un prelado del Vaticano, diciendo que recibía dinero de los extranjeros en pago de las audiencias del Papa. El prelado denunció ante los Tribunales civiles á los calumniadores, quienes en presencia del Juez firmaron una explícita retractación.

Nombres de algunas Logias masónicas—Son ciertamente curiosos los nombres que los masones han dado á algunas de las Logias: la de Auch se llama *Los Cadetes de Gascuña*; la de Burdeos, *El Candor*; la de Tours, *El Valle de Amor*; la de Vitry (Francia), *Las Virtudes reunidas*.

Consagración episcopal—La de Monseñor Sardi, Delegado en Constantinopla, se verificó en la Basílica de San Pedro de Roma, el 10 de Mayo del año en curso. Fue consagrante el Emmo. Cardenal Rampolla del Tindaro.

El Emmo. Cardenal Vides y Tuto—Ha sido nombrado por el Padre Santo, protector del Comité religioso español de San Jerónimo.

DECRETO NUMERO 182 DE 1907

(15 DE FEBRERO)

en desarrollo del Decreto legislativo número 47 de 1906, sobre Prensa.

El Presidente de la República de Colombia,

En ejercicio de la potestad reglamentaria de que trata el ordinal 3.º del artículo 120 de la Constitución, y

CONSIDERANDO:

Que el Ministerio de Gobierno y los Gobernadores de los Departamentos, según el artículo 40 del Decreto legislativo número 47 de 1906, tienen la facultad de prohibir la circulación de las publicaciones subversivas y de hacerlas recoger, lo que implica la necesidad de conocer previamente el carácter de toda clase de publicaciones, y esto no es exequible mientras los administradores ó encargados de establecimientos tipográficos no envíen á las oficinas respectivas los ejemplares correspondientes antes de comenzar la distribución ó remesa de las producciones á que alude el mismo artículo;

(Continuará)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año III—Vol. III { Julio 15 de 1908 } Núm. 13

CARTA

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO RAGONESI

ARZOBISPO DE MIRA

Delegado Apostólico y Enviado extraordinario ante el Gobierno de la República de Colombia

AL ILMO. SR. ANTONIO ARBOLEDA, ARZOBISPO DE POPAYAN

Sobre el principio de autoridad.

Ilustrísimo Señor:

Siempre se ha considerado como indispensable para curar males de cualquier linaje, el cabal conocimiento de ellos y de las causas de donde emanan: así lo juzgan los maestros en el arte de curar las dolencias humanas, quienes, no satisfechos con tardías medicinas ó engañosos paliativos, ponen todo su conato en destruir la enfermedad en su raíz.

Si pregunto cuál es el origen de los males y quebrantos que han afligido á la noble Nación Colombiana, todos me contestan: *Las luchas intestinas*.

Sí; por esas guerras fratricidas, me dicen todos, la índole mansa de los ciudadanos se trueca en bravia ante el espectáculo de crueles matanzas y rapiñas, y la clase pacífica de los obreros en soldadesca ociosa y turbulenta; por ellas el trabajo carece de estímulo y horizonte, la industria agoniza, el capital se agota, las naturales energías se para-